



COLECCIÓN
JUCHO

Primera edición, 2018 (El Fakir)

El Fakir

- Quito: El Fakir, V&M Gráficas, 2018
360 p.; 15 x 21 cm - (Colec. Jucho)
ISBN-978-9942-8740-0-9

Ediciones El Fakir

Edición, prólogo, investigación y edición: Álvaro Alemán
Corrección de textos: Pamela Lalama Quinteros
Portada: Carlos Villarreal Kwasek
Diseño y diagramación: Ernesto Proaño Vinuesa

Todos los derechos reservados

© El Fakir

Ediciones El Fakir
Olmedo oe2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito
<http://fakirediciones.com/>

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ISBN-978-9942-8740-0-9

Tiraje: 1000 ejemplares

Impreso en V&M Gráficas, Ecuador • Printed in Ecuador

Ciencia Ficción Ecuatoriana

Volumen 1

Edición, prólogo, investigación y edición
de Álvaro Alemán

el fakir

Índice

INTRODUCCIÓN

Héroes de la curiosidad, de lo desconocido, de lo inédito VII

VIAJES EXTRAORDINARIOS

Un viaje a Saturno
Francisco Campos 3

*Dos vueltas en una alrededor del mundo:
Viaje imaginario en el sentido opuesto al movimiento de rotación*
Abelardo Iturralde 81

¡Fiat lux!
Zoila Ugarte de Landívar 127

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS ASOMBROSOS

Aventuras de una pulga, contadas por ella misma
Juan León Mera 135

Los zapatos de boda
Mercedes G. de Moscoso 149

Los prodigios del doctor Moscorroffio
Juan León Mera 153

La flor de nieve
Juan Montalvo 163

UTOPIÁS Y DISTOPÍAS ECUATORIALES

Notas editoriales

Anónimo 175

Anhelos

Isabel Donoso de Espinel 177

Nuestro ideal

Zoila Ugarte de Landívar 181

La reina del mundo

Juan León Mera 185

SUEÑOS Y PESADILLAS DE LA CIENCIA

La receta

Francisco Campos 193

Un viaje de prueba

Alberto Arias Sánchez 285

Un sueño

Ángela Caamaño 299

AUTORES/COLABORADORES 303

NOTAS 309

INTRODUCCIÓN

Héroes de la curiosidad, de lo desconocido, de lo inédito

...Con demasiada sorpresa han visto los habitantes del Guayas, que se hallaban en botes y diferentes embarcaciones menores, colocados enfrente de la ciudad, al otro lado del río, sumergirse *el Hipopótamo*, estando a su bordo el señor José Rodríguez en unión del señor José Quevedo, joven contemporáneo de aquel y natural también de este país, y seguirlo con la vista a un pequeño tubo que quedaba muy poco fuera del agua e imperceptible a la simple mirada, a una distancia regular; dicho tubo estaba amparado por una boca de fuego en la que estaba colocada el asta con la bandera nacional que flameaba hermosamente por la brisa que corría¹...

La noticia que citamos aquí arriba aparece el viernes, 21 de septiembre de 1838, en el periódico *El ecuatoriano del Guayas*. El cronista y testigo del suceso narra la travesía del río Guayas, en submarino, ante la expectante mirada de multitudes, agolpadas para presenciar un acto insólito de audacia, inventiva e imaginación. Este documento narra la irrupción, desde las profundidades del caudaloso río Guayas, de un sujeto histórico inédito: el científico-inventor ecuatoriano. Podemos imaginar la recepción de ambos tripulantes al momento de emerger de las entrañas del navío: vítores y aclamaciones, aplausos y parabienes. El momento captura la llegada a la conciencia nacional de aquellas figuras que, años más tarde, en el transcurso de un relato que hoy calificaríamos de **ciencia ficción** (aunque el término no entrará en vigencia sino en la segunda mitad

del siglo XX) el autor Iturralde denominará: «Héroes de la curiosidad, de lo desconocido».

¿Qué es lo que celebra esa muchedumbre distante, hace 180 años? ¿La coincidencia entre el discurso de una modernidad en ciernes abanderado por el entonces presidente Rocafuerte y la realidad de una inventiva local y asombrosa? ¿La audacia imaginativa y práctica de un compatriota? ¿Será tal vez la estrategia de emprendimiento que lo lleva a publicar anuncios en los diarios en busca de financiamiento y que finalmente demuestra ser exitosa? O se trata, por el contrario, de la actualización de la promesa elaborada, apenas ocho años antes, por los fundadores de una nueva república. La promesa implícita en el nombre *Ecuador*.

La elección de este nombre para el antiguo departamento del sur de la Gran Colombia responde a varias circunstancias, entre ellas están las rivalidades regionales. De hecho, el país carece de nombre, semanas luego de la declaración de autonomía. No es sino hasta la Asamblea constituyente de Riobamba cuando se debate formalmente la designación que llevará el país. Entre las propuestas derrotadas se encuentran «Quito», otras como «Atahualpía» se habían propuesto desde 1824 por parte de combatientes del 10 de agosto. Dice Genaro Eguiguren Valdivieso, por ejemplo, en *El gobierno federal de Loja: la crisis de 1858*: «ya en 1824, el doctor Antonio Ante, prócer de 1809, organizó a pesar de sus años un golpe anticolombiano, que fracasó, y los Valdivieso, Guillermo y José Félix, soñaban con crear un nuevo estado: La Atahualpía». La «solución», ensayada en los diarios del científico francés La Condamine y en sus memorias publicadas casi un siglo antes, sustituye «Quito» por «Ecuador». *Journal du voyage a L'Équateur*, el título de esas crónicas de viaje de la misión geodésica francesa en 1735 se convierte en el documento fundacional ecuatoriano, su *ur-text*².

Esa misión tuvo a su cargo la resolución de una disputa científica, entre Francia e Inglaterra, sobre la forma del planeta. No se trata de un debate fortuito. Pende de la resolución la elaboración de cartas

VIII

náuticas precisas, esenciales para el comercio y la guerra junto con un sistema universal de medición. Sobre el prestigio del discurso y de la investigación científica, así, mucho mayor aún en el XIX que en el XVIII, se constituye el horizonte de expectativas de la República del Ecuador. No hay que perder de vista en todo esto que la misión geodésica se propone y logra el trazo de una línea imaginaria que cruza parte del territorio nacional. El Ecuador, entonces, desde su génesis, se constituye como relato científico; es decir, como una cápsula narrativa (de ficción, al igual que cualquier nacionalismo) instalada en las expectativas generadas por la ciencia y la tecnología.

Tal vez los sucesos que rodean el viaje del *Hipopótamo*, antes descrito, se puedan entender como la repetición jubilosa del acto de fundación nacional, un acto que tanto imaginativa como científicamente ubicaba estas tierras en el centro mismo del mundo, *de nuevo*. Debemos también pensar en la relativa orfandad simbólica del Ecuador de 1838, carente, entre otras cosas, de un himno nacional. Flores, en 1830, había encargado a Olmedo, su vicepresidente, la elaboración de un texto representativo; apenas en 1834 se publica el documento, sin mayor fortuna. En 1838, insatisfecho por el ejercicio de Olmedo, el mismo Flores compone un texto con ese propósito. No es sino hasta 1865 cuando se aprueba el himno compuesto por Juan León Mera y musicalizado por Antonio Neumann, y se convierte a ese producto en herramienta permanente de nacionalización. Entre tanto, en 1838, la tarea de la consolidación simbólica e institucional del poder se encuentra detenida. En esas circunstancias, la celebración popular del extraordinario primer viaje del *Hipopótamo* recapitula la fundación nacional, la conversión del espacio local en lugar afortunado y la re/significación de la Historia en Geografía. El resultado sería algo así como el regreso a aquel momento genético en donde las bondades nacionales se identifican, en un solo cuerpo, con el prestigio del discurso científico que parece compactar, mágicamente, la capacidad de convocatoria con el efecto deslumbrante de una legitimidad incontestable.

IX

NOVELA CIENTÍFICA-PROTO CIENCIA FICCIÓN

El presente documento se presenta como una propuesta de lectura y a la vez, como un ejercicio crítico destinado a cuestionar la inexistencia, en la producción literaria ecuatoriana de ficción de fines del XIX y principios del XX, de una escritura sensible a los géneros literarios metropolitanos masivos: el gótico, la ciencia ficción, la novela rosa, etc. Nuestra intención no es, entonces, afirmar la existencia de una producción de novela científica criolla, madura y plenamente reconocible como tal, sino aquella más modesta, de presentar y ponderar una agrupación de documentos receptivos al llamado inconfundible y *contemporáneo* de la ciencia ficción. La denominación CF responde a una serie de circunstancias puntuales que tienen lugar en el ámbito de la cultura letrada occidental: el desarrollo de una visión materialista del universo, la progresiva secularización de la sociedad, el ascenso y la aceptación gradual de la ciencia y de la idea del progreso, el advenimiento de la cultura de masas, la presencia constante y desestabilizadora de nuevas tecnologías, el ascenso y la hegemonía del capitalismo y del imperialismo modernos, la incorporación masiva de audiencias al consumo letrado, la consolidación de mecanismos de comunicación entre autores y lectores, la creación de un pujante mercado de libros junto con el triunfo del realismo como modo narrativo dominante. Todo esto ocurre en el siglo XX. Mientras algunos de estos elementos están presentes y se vuelven relevantes en el XIX, su concurrencia y cohesión permite leer la ciencia ficción como un discurso asentado en la conciencia de sus consumidores, con características transnacionales, apenas después de la Segunda Guerra Mundial.

Para redundar, los textos que hoy señalamos como CF del XIX no aluden a un género literario puro, en su lugar observamos las transformaciones de formas genéricas previas: el gótico, sin duda, pero también, en el caso latinoamericano y ecuatoriano, el discurso costumbrista, el romanticismo, el modernismo y el realismo³. Una aproximación a este tipo de escritura no consiste en identificar su punto de origen

absoluto, sino más bien en observar la acumulación de repeticiones, los ecos, las imitaciones, alusiones, identificaciones y distinciones que dan testimonio de una red de similitudes. Es esta articulación gradual de reconocimiento genérico, no la aparición de un tipo formal, lo que constituye la historia temprana de la CF. Así, en lugar de diferenciar la CF auténtica de su cercanía con otros géneros cercanos, o de hallar su ancestro incontestable, es más útil inventariar la manera en que la CF gradualmente se vuelve visible en el medioambiente textual de la fantasía decimonónica, la literatura imperial de aventuras, la literatura de viajes, los viajes extraordinarios, la escritura utópica, el diálogo, la crónica periodística, el artículo de costumbres, la crónica histórica, el comentario editorial, etc. No se trata de identificar la aparición de una entidad positiva, sino de participar en la tarea de esbozar similitudes y diferencias entre textos y modos expresivos.

Entendemos por *proto ciencia ficción* entonces aquellos textos que, influenciados por diversas tradiciones de literatura fantástica, se asientan, en su mayor parte, en el siglo XIX. Esto es así, por un lado, porque la acepción moderna de «ciencia», ya no como sinónimo de «arte» sino como el estudio sistemático y teórico del mundo natural, apenas se registra, para las mayorías letradas a inicios del XIX. En cuanto a «ficción», el concepto forma parte del nuevo sentido que se le otorga al término «literatura» a partir de la obra de Madame de Staël, en Francia en el XVIII. Y es la aparición de la novela moderna, que experimenta su auge en el XIX y que falsifica formalmente la experiencia, lo que permite llevar adelante la distinción contemporánea entre literatura realista (verdadera) y fantástica (imaginativa). Sigue entonces que sería infructuoso describir como CF aquellas obras (por más fantásticas que resultasen) publicadas a principios del XVIII o antes. De hecho, la influencia literaria es seguramente menos importante, en la constitución de la CF, que el impacto de las fuerzas históricas y sociales que afectan la experiencia cotidiana de los hombres y mujeres del XIX.

El siglo XIX marca la primera vez en que la vida colectiva humana se ve afectada radicalmente por la tecnología. El siglo inicia con la primera locomotora experimental en 1801, avanza con la primera nave aérea en 1852 y termina con el primer avión experimental a fines de 1890. En ese siglo aparece el primer barco de vapor, la hélice tornillo, la bicicleta y el automóvil. La agricultura atraviesa una revolución por medio del invento de la segadora, el azadón de disco y la máquina de poda. La batería eléctrica aparece al inicio del siglo, el electroimán, el tubo de rayos catódicos y la grabadora de cinta magnética con 25 años de distancia, el uno del otro. La historia del capitalismo se marca por medio de la invención de la calculadora, el reloj perforador de tarjetas, la caja registradora, el teletipo de la bolsa y la contabilidad de tarjetas. La manufactura de gran escala como el acero industrial, el caucho vulcanizado y el cemento de Portland son todas innovaciones del XIX. Aquí es cuando aparecen los hitos de la modernidad: dinamita, pistola repetidora, rifle repetidor, alambre de púa y ametralladora. Los medios de comunicación y de creación artística cambian con la introducción de la fotografía, el fonógrafo, la pluma fuente y luego el bolígrafo, la máquina de escribir, el telégrafo, el teléfono, la radio y el proyector de cine.

Pero no es solamente el impacto de la tecnología en la vida diaria de los ecuatorianos del XIX lo que produce textos de proto CF. La singularidad de la CF ecuatoriana decimonónica, ya lo hemos dicho, consiste tanto en la forma positivista figurada en la selección del nombre patrio como en la configuración de un apetito contemporáneo para su existencia. En otras palabras, la CF ecuatoriana decimonónica solo se vuelve posible a partir de una lectura que constituye los materiales aquí propuestos, *desde el presente*. Con esto aludimos a que la CF ecuatoriana del XIX se constituye como tal, solo por medio de redes de citas, alusiones, pastiches y referencias; por medio de una red de intertextos (textos que conectan con otros textos) que facilitan la circulación de los documentos aquí provistos, *como CF*. Así, los relatos

de Juan León Mera pueden vincularse con los de Swift, o de H.G. Wells, los de Montalvo con Poe y Hoffman, los de Campos con Verne y Flammarion, los de Ángela Caamaño con Sor Juana Inés de la Cruz o los de Zoila Ugarte con Mary Shelley. Estas asociaciones, o contextualizaciones, no son exclusivas de la CF, lo que las distingue de otras lecturas similares es la intensidad de devoción de los entusiastas de la CF que aparecen en la historia literaria como la primera aglomeración masiva de lectores organizados y dispuestos a involucrarse en la evolución del género. Ese espíritu participativo, que se conserva vivo hoy en día y que ha cooptado lectores y lecturas para la CF en todo el mundo es el mismo que la presente edición persigue.

Dos anotaciones adicionales deben marcarse relativas a este proyecto. La primera forma parte la observación general hecha por Adam Roberts, entre otros, de que el modo dominante de la CF no es la profecía sino la nostalgia. En otras palabras, pese a un vínculo superficial con el futuro, la CF se interesa de manera fundamental por el pasado, en particular por un pasado cuyos posibles futuros dejaron hace tiempo de existir como posibilidades y que se convirtieron en un presente árido y desprovisto de la promesa que un día alojó el pretérito. La atracción de la CF en el presente, un discurso que como dice Istvan Csicsery-Ronay, «ha dejado de ser un género *per se* y se ha convertido en una modalidad de conciencia dirigida al mundo», responde, en el Ecuador al igual que en otros lugares, a la necesidad de generar un pensamiento histórico, una reflexión crítica sobre el presente que no desdeñe hacer el inventario de las formas que la fantasía ha dejado en el pasado. El escritor holandés Fred Polak, en su monumental *Imágenes del Futuro*, señala que el debilitamiento tanto de la esperanza utópica como de la fe escatológica produce como resultado la sensación de habitar un presente estancado. La atracción que puede ejercer, en este sentido la CF ecuatoriana, va de la mano de la curiosidad de los lectores por una escritura rebosante de vitalidad y con el potencial intacto para satisfacer la necesidad de pensar la Historia.

XIII

En segundo lugar, la CF ecuatoriana, al igual que la literatura ecuatoriana más conocida (la del realismo social), se puede leer como una escritura interesada por el cambio y la alienación. Si bien la enajenación aparece en la tradición realista como una experiencia individual, motivada por la situación social y el modo de producción, reflejada en el punto de vista narrativo, la CF expande sobre esta figura, otorgándole una estructura diferente, materializando la enajenación bajo la forma del alienígena/del Otro, o el desconcierto que genera la técnica. La CF ecuatoriana, de esta manera, se proyecta como un modo de lectura interesado en la experiencia y los modos y variantes de la enajenación.

TIPOS DE CF DECIMONÓNICA

Proponemos en lo que sigue cuatro distintos tipos de relatos de proto ciencia ficción ecuatoriana. Estos son, en orden de aparición: **Viajes extraordinarios, Invenciones y descubrimientos asombrosos, Utopías y distopías ecuatoriales** y **Sueños y pesadillas de la ciencia**.

Viajes extraordinarios

El relato de proto ciencia ficción que ejerce mayor influencia en la CF ecuatoriana es, sin lugar a dudas, el viaje imaginario, que tiene una venerable antigüedad y que se puede remontar tanto a la *Épica de Gilgamesh* como a la *Odisea* de Homero. El antecedente directo, en el caso ecuatoriano, no es otro que los llamados *Voyages extraordinaires*, un ciclo amplio de novelas (más de 50) escritas por Julio Verne (1828-1905) y comercializadas con este nombre por el editor Pierre-Jules Hetzel (1814-1886). Se trata de novelas de iniciación, de aventura y al mismo tiempo de divulgación de conocimiento geográfico y científico, dirigidas a audiencias juveniles principalmente, aunque también al público general. Estas novelas tuvieron una difusión masiva en el último tercio del XIX e influenciaron a varios de los autores de la presente colección. El mismo Verne cumple un papel decisivo en

la formación de la CF moderna, de la que es un precursor directo, fundamentalmente por medio de su predilección por alcanzar un alto grado de fidelidad científica en sus ejercicios especulativos, un atributo característico y decisivo de la CF del siglo XX. De todos los libros de Verne, aquel que más influencia directa ejerce sobre la CF ecuatoriana es *La vuelta al mundo en 80 días* (1873). De manera directa, uno de los textos de la presente colección se apoya en el texto verniano: *Dos vueltas en una alrededor del mundo: Viaje imaginario en el sentido opuesto al movimiento de rotación*, de Abelardo Iturralde. Este relato es una evidente glosa sobre el texto de Verne, un ejercicio imaginativo que surge a partir de la premisa del escritor francés y que presenta sus propias variantes sobre su ejercicio.

El viaje aéreo (en globo) es así el medio predilecto de transporte en estos documentos, incluso en un *viaje a Saturno*, de Francisco Campos —a nuestro criterio el texto más interesante de la presente colección— se lleva adelante por medio de esta convención fantástica y para entonces, futurista. Cerramos el segmento con el vuelo poético de Zoila Ugarte de Landívar, titulado «*Fiat lux*», un recorrido aéreo por el planeta, comparable con todos los otros incluidos en este segmento, de similar peso imaginativo y lírico y con la misma notable capacidad de crear una perspectiva inaudita en la historia literaria ecuatoriana. En su forma más simple, el viaje fantástico consiste de una serie de episodios diseñados para entablar encuentros dramáticos, aunque su ambición más grande sea reflejar el mundo «real» de manera irónica o subversiva. En los viajes en globo, alrededor del mundo, hechos por ecuatorianos, Campos e Iturralde subvierten el convencionalismo del recorrido terrestre, sensual y social, asentado sobre la geografía física de la nación por un vuelo aéreo y geo-político mundial, asentado sobre la fuerza de la imaginación científica. Algo muy distinto resulta el vuelo de Ugarte, un cuerpo femenino, librado al geo espacio, sobre las alas de la poesía (aunque, implícitamente, también sobre la tecnología aeronáutica de su tiempo), un vuelo que subvierte no solo los linderos

imaginativos de la convención sino también, de manera importante, los límites mismos del convencionalismo sexual.

Inventiones y descubrimientos asombrosos

Registramos en este segmento hay dos textos de Juan León Mera, uno de Juan Montalvo y uno de Mercedes Moscoso. Aparecen en este acápite múltiples inventos/descubrimientos. En el caso de Mera, un micrófono para poder escuchar la conversación de dos pulgas capturadas y junto con esto, el descubrimiento, por parte del «doctor Moscorroffo», de extraordinarias técnicas quirúrgicas que le permiten trasplantar órganos de un cuerpo a otro, incluso entre distintas especies. En estos relatos, verdaderos precursores del cuento ecuatoriano moderno, su cínica incredulidad los encomienda al escepticismo científico moderno. Es importante recordar que la fidelidad científica en la especulación es apenas una de las exigencias que hace la moderna CF. La inventiva pura —mientras más audaz mejor— siempre ha tenido un lugar en la CF. De hecho, la efectividad de la CF deviene de la pretensión de fidelidad científica, no de su veracidad. En el caso de Mera, nos hallamos ante dos de los textos de mejor factura de la colección y dos de los más atrevidos. Algo similar podemos decir del relato de Montalvo, lamentablemente desprovisto de la jocosidad de Mera. En el texto «La flor de nieve», Montalvo registra el tono ilustrado y el desprendimiento característico de la CF victoriana, un elemento que simula, entre otras cosas, la objetividad requerida del investigador científico. El relato de Montalvo también se ocupa de marcar la pasión que despierta el descubrimiento científico entre los hombres de la ciencia del XIX y, junto con ello, el peligro que esa misma pasión conlleva. Montalvo captura también la atracción que las exploraciones científicas concitaron en la imaginación decimonónica, el llamado a descubrir la totalidad del mundo natural, incluyendo sus regiones más inhóspitas y la manera en que el exotismo se teje con el espíritu imperial en la CF en el XIX.

Muy distinto a los relatos previos resulta el texto de Mercedes Moscoso, «Los zapatos de boda». El relato, uno de los primeros ejercicios de cuento moderno en la historia literaria ecuatoriana, podría llamar la atención en la presente colección. El texto trata de un invento y un descubrimiento a la vez. El invento consiste en que la protagonista (comprometida a contraer matrimonio por sus padres) produce una condición para la realización de ese evento. La invención es la producción de un par de zapatos «raros». Tanto invento como descubrimiento ponen a la protagonista en el centro del relato de manera que esta modela, en la ficción, la autoría que estrena Moscoso en su texto. En un contexto en donde la producción de fantasía y de experimentación literaria es reducto exclusivo de los hombres, la autoría de textos «convencionales» por parte de mujeres debe ser entendida como una producción fantástica. «Los zapatos de boda», con un sutil gesto, parecería evocar un antecedente modernista importante, «Los zapaticos de rosa», de José Martí, publicado por primera vez en 1889⁴. El poema de Martí registra, al igual que el texto de Moscoso, un «débil» poder feminista. Parafraseando a Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la filosofía de la Historia*: son los sujetos vivos del presente quienes tienen el poder «débil» de abordar las injusticias de género del pasado. Es eso lo que nos proponemos al re-categorizar este relato como CF. De hecho, el texto de Moscoso califica como CF en tanto plantea una hospitalidad utópica para su momento, respecto a la mujer y sus deseos⁵.

Utopías y distopías ecuatoriales

Registramos aquí un relato adicional de Juan León Mera, junto con una concentración importante de textos de mujeres: «Notas editoriales», de la primera revista feminista ecuatoriana, *La Mujer* (1905), seguramente escrita por Zoila Ugarte, un segundo texto de la misma autora: «Nuestro ideal»; y el texto «Anhelos», de Isabel Donoso de Espinel.

XVII

El texto de Juan León Mera pondera el lugar de la verdad y la mentira en su propio siglo. La prensa era un escenario de combate en plena lucha ideológica entre liberales y conservadores de manera que la utilización de la prensa con fines propagandísticos o abiertamente comerciales marcaba la experiencia letrada. El fenómeno, por otro lado, era cosmopolita. Los periódicos fabricaban historias, algunas de ellas sensacionalistas como aquella publicada en 1835 por el diario neoyorquino *The Sun*, informando sobre el descubrimiento de vida en la Luna. Se trataba de una noticia falsa, atribuida al afamado astrónomo británico John Herschel, de quien se decía había construido un telescopio inmenso, capaz de acercar la superficie de la Luna a tal punto que se podía observar, con detalle exacto, océanos, ríos, bosques, manadas de bisontes y gacelas, aves, castores bípedos y humanoides alados. La noticia fue recogida, traducida y difundida también en forma de folletos, como se puede apreciar en una edición de 1836 de Barcelona, titulada *Grandes descubrimientos astronómicos hechos recientemente por Sir John Herschel en el cabo de Buena Esperanza. Traducido del inglés por Francisco de Carrión*.

En la tarea de denunciar quienes explotan la ignorancia, Mera lleva adelante en su texto una labor similar a la del estadounidense Samuel Clemens (Mark Twain), que en su texto «El periodismo en Tennessee», fustiga a los editores irresponsables y a la ficción malintencionada que aparece en los rotativos de Estados Unidos. Al igual que Clemens, Mera presenta un espejo a la emergente cultura de masas y se posiciona ante los excesos de una comunicación desbocada. El resultado es una distopía o una utopía fallida de la que hay que fugar.

Desde su profunda convicción católica, Mera intenta subvertir el positivismo irreflexivo de la época para denunciar el monopolio sobre la verdad y la virtud que se anuncia en los tiempos modernos. En «La reina del mundo», el autor ambateño anticipa los debates contemporáneos sobre la necesidad, y/o la posibilidad de discernir entre verdad

XVIII

y falsedad en un mundo en donde la información se controla y prolifera constantemente. La CF contemporánea aborda esa tarea con vigor en los textos de Yevgeny Zamyatin (*Nosotros*, 1924), Aldous Huxley (*Un mundo feliz*, 1932) y George Orwell (*1984*, 1948). La temática se ha vuelto ubicua en el cine de CF de los últimos años y resulta así refrescante incluir una obra «menor» del autor de *Cumandá*, como texto precursor de la CF más cercana al momento presente.

Desde una perspectiva abiertamente anacrónica, una lectura de Mera en estas condiciones reivindica su figura y palabra a nombre de un mayor escepticismo ante los medios contemporáneos. Lo que Mera señala, con una cierta sabiduría anticipatoria, es la posibilidad de aprender a identificar la ironía, reconocer la hipocresía y reírnos de nosotros mismos. Ese aprendizaje será tanto más productivo en tanto sea el resultado no solo de una determinada capacidad crítica, sino de un fundamental recurso al humor. Los tijeretazos y plumadas de Mera así convocarían una audiencia nueva y distinta que incluye (nos anticipamos) lectores jóvenes dispuestos a considerar que los adultos les ocultan la verdad, que la paradoja aparece en lugares inesperados, y que se puede llegar al entendimiento por rutas picantes, pugilísticas, humorísticas, trágicas e implacables.

Los textos de Ugarte y Donoso presentan, a su vez, un vínculo importante con la figura de Mary Shelley (1797-1851), autora de *Frankenstein*, novela que aparece justamente hace 200 años, en 1818. El nombre de Shelley, en el contexto de la CF, constituye un recuerdo necesario para este campo discursivo: la CF nace con marca de género. Los textos de Ugarte y Donoso, por su parte, aparecen todos en la primera revista feminista ecuatoriana: *La Mujer*, de 1905. Estos escritos se presentan, a primera vista, como documentos puntuales y convencionales en la elaboración de una publicación periódica. Se trata de contenido editorial, comentarios y críticas de costumbres. Sin embargo, esos documentos se alinean con la CF en tanto observan en

el espacio de la literatura, al que incursionan por primera vez las mujeres ecuatorianas de manera colectiva, un lugar utópico, un reducto para la solidaridad de género, un sitio de experimentación tecnológico (la escritura, no nos olvidemos, es una tecnología) y un ámbito de elaboración de una ingeniería social en ciernes.

Dice Ana María Goetschel en *Mujeres e imaginarios: Quito en los inicios de la modernidad* (1999):

La poesía y la literatura aparecen como factores transgresores de un orden en el que la mujer deba cumplir un rol esencialmente doméstico. Está claro que ese orden tenía que pasar por la construcción de una familia donde la reproducción material y biológica estuvieran aseguradas. Para los sectores dominantes y la mentalidad de esa época que la mujer leyera estaba bien, pero «después de haberse acordado que es cristiana, de que la casa estuviera limpia y en orden, dispuesta la comida, cosida la ropa y arreglada la servidumbre».

Continúa Goetschel:

De igual manera alertaba la Iglesia: ... Quien frecuente estas lecturas y llene la cabeza de fantasías, no se extrañe de experimentar vivas ansias por otro estado, otro ambiente, otro mundo: el Imaginario que solo existe en la mente del poeta ... y es que la literatura y poesía tienen esa virtud: ayudan a construir utopías y sueños que, aunque imaginarios, tienden a romper barreras opresivas y anticiparse a otra realidad.

Esa anticipación se convierte precisamente en un *futurismo* que convierte a estos documentos en textos de proto ciencia ficción ecuatoriana.

Por otro lado, la construcción social de «la mujer» por medio del contenido editorial de la revista, al igual que en *Frankenstein*, de Mary Shelley, genera un producto artificial que reclama autonomía. Las voces colectivas de las distintas autoras de la publicación de *La mujer* reclaman, al igual que el monstruo de Frankenstein,

constituido también de partes de distinta proveniencia, piedad de parte de sus interlocutores, los varones: «Es demasiado cruel que los egoístas quieran hacer de la mujer un simple biberón humano y nada más humillante, que el destinarla al papel de hembra inconsciente». Esa condición «humillante» es autorizada por Juan León Mera en «Los prodigios del doctor Moscorroffio» cuando el galeno realiza el trasplante del corazón «rebelde» de una mujer «protestante», por el de una oveja, para el deleite de su marido.

En otro momento del texto se señala: «No nos convenceremos jamás de que la mujer instruida sea incapaz de virtudes domésticas... No pediremos nada que ataque los derechos ajenos; queremos solamente que se la coloque en su puesto o más bien que se coloque allí, ella misma por el perfeccionamiento de todas sus facultades».

Ese reclamo de benevolencia, como el que hace el monstruo a su creador en la novela, y que lo acusa, implícitamente, de haber producido vida (arte) sin la participación de la mujer, es lo que se manifiesta en los textos que aquí presentamos como proto CF ecuatoriana. Textos que, como el de Josefina Veintimilla en su artículo «La educación» en el primer número de *La mujer*, registran la ambivalencia ante el progreso típico de la CF:

... pero no de ese progreso ... que esclaviza a la mujer, y la condena al ostracismo político y civil negándole sus inalienables derechos naturales y sociales sino del verdadero progreso que sacando a la mujer del oscuro antro en que yace, la lleve por las hermosas, deslumbrantes sendas del perfeccionamiento moral e intelectual, que le facilite el estudio de las ciencias y que le proporcione trabajo, que el trabajo, deber y derecho ... la aleja del mal, de la desgracia y del error.

Para las mujeres letradas de inicios del siglo pasado, su incursión a la vida pública y a la educación laica se asemeja al ingreso a un laboratorio social con el potencial para la creación de un monstruo. El punto de vista de la Iglesia es claro al respecto: La educación laica,

«propia de la secta maldecida del protestantismo, formará una mujer con los impíos sentimientos de la mujer espíritu fuerte que causa asco, de la mujer protestante que causa lástima, de la mujer sin Dios que causa horror»⁶.

La condición autoral de estas mujeres escritoras las convierte en exploradoras, en constructoras, laboratoristas, si se quiere, en donde la propia revista es el sitio de experimentación.

Dice Sarah Lefanu en *In the Chinks of the World Machine: Feminism and Science Fiction*. Londres: Women's Press, 1988 (la traducción es nuestra):

Uno de los principales proyectos teóricos del feminismo de segunda ola consiste en la investigación del género y la sexualidad como construcciones sociales... Las convenciones típicas de la CF —el viaje temporal, los mundos alternativos, la entropía, la relatividad, la búsqueda de una teoría unificada de campo— pueden utilizarse metonímica y metafóricamente como formas potentes para la exploración de la construcción «mujer».

Sueños y pesadillas de la ciencia

Varios de los textos en este segmento tienen lugar en ámbitos oníricos o ilusorios en donde la diferencia entre el mundo real y el mundo de los sueños se desdibuja. En los tres relatos que ofrecemos, la ciencia juega un papel determinante tanto en la construcción de mundos como en la decisión de (des) calificar las experiencias vividas. Lo maravilloso e impredecible de conocer el futuro, la Luna o el fin del mundo oscila, de diferentes maneras, entre la experiencia del asombro positivo y el desconcierto; entre la percepción de la dicha onírica y el terror. Si bien los tres textos son también viajes extraordinarios —las divisiones aquí propuestas distan mucho de ser criterios rígidos o excluyentes—, la diferencia en tono de los anteriores (verdaderas crisis epistémicas en oposición al positivismo optimista del primer segmento) junto con el recurso recurrente hacia lo onírico los agrupa de forma significativa.

La receta (1893), que aparece en este segmento es, cronológicamente, la primera novela de CF ecuatoriana⁷. El texto aparece en la forma de entregas en la revista guayaquileña *El globo literario* y constituye un documento privilegiado. Por partes testimonio político, memoria burocrática, novela de aventuras, alegoría moral, documento didáctico, crónica de viajes y ejercicio predictivo, *La receta* relación fantástica incorpora, en su heterogénea construcción, tanto las expectativas mesiánicas del progreso en el fin de siglo, como la intuitiva conciencia de una destrucción y degeneración inminente. La novela de Francisco Campos incorpora la imaginería exótica del modernismo, que experimenta su florecimiento temprano en Guayaquil en los mismos años junto con la sombría presencia del decadentismo, la cara oculta de la tendencia. La crisis del final de la novela expresa así, en su resolución contradictoria y sorpresiva, la ambivalencia ante el ideal de la ciencia que observan incluso sus apóstoles, como Campos. De hecho, el decadentismo presenta un lugar privilegiado de encuentro con la CF; tanto la ciencia experimental, sobre todo en el ámbito de la investigación pura (con la disección y la vivisección decimonónicas como muestras) como el mismo parnaso, predicán el evangelio anti-utilitario.

También encontramos en *La receta*, al igual que en varios de los textos de Francisco Campos, una cercanía con un programa masónico: la dignidad del ser humano y la libertad individual, la formación de gobiernos democráticos y la importancia de la educación pública. Campos se presenta como claro heredero del positivismo en la exaltación de valores como la libertad, el culto a la razón, el afán de progreso, la creencia en la técnica y la exaltación de los intelectuales y la cultura como factores de modernización. En fin, su afán de redención y regeneración de la especie humana a través de la educación y de la idea de un Estado secular formado por ciudadanos libres e iguales ante la ley. Todos estos son elementos que se observan claramente en *La receta*, una novela de anticipación

y de un viaje por el tiempo. Ahí, Campos ofrece un futuro perfectamente en sintonía con los ideales de la masonería: una ciudad cosmopolita y letrada, una junta de notables agrupada en torno a una municipalidad autónoma y un ordenamiento espacial y tecnológico dispuesto a satisfacer las necesidades de todos. El futuro que Campos imagina parte ostensiblemente de su extrapolación de valores masónicos al futuro: la solidaridad de clase, la educación laica, el estudio y la aplicación de la ciencia a la solución de los problemas urbanos⁸. Sin embargo, el viaje al futuro del narrador de la novela —un texto que deliberadamente cultiva el secretismo a lo largo de su relación— establece un final problemático y ambivalente ante el ideario de una masonería futurista.

La misma dubitación ante las «bondades» del progreso se observa en el relato «Un viaje de prueba», de Alberto Arias Sánchez. Leemos en este texto la división del trabajo científico tal como se configura en la imaginación de un autor ecuatoriano de fines del XIX: inventor británico, financista español, tripulante (involuntario) ecuatoriano. Si leemos el texto como alegoría —siempre una posibilidad en el ámbito cívico incierto del XIX—, la nave espacial se convierte en el contenedor de una voluntad (ecuatoriana) que emprende un viaje forzado e indeseado hacia la destrucción. El asunto, en todo caso, no es del todo sombrío, el tono jocoso del relato deshace la posibilidad de convertir la lectura en advertencia simple, aunque quede al final un residuo de incertidumbre junto con una sensación pesadillesca.

El texto de Ángela Caamaño, «Un sueño», resulta excepcional en la presente colección debido a su condición de texto poético, la CF, por supuesto, se puede formular en poesía tanto como en prosa; de hecho, buena parte de los viajes imaginarios de la antigüedad clásica tienen lugar en la forma de épica en verso. En el caso de Caamaño, su poema evoca no solo una visión cataclísmica, plena de imágenes de destrucción, sino también figuras cercanas a la ciencia: el autómatas, el magnetismo, «otros mundos». El antecedente de «El primero sueño»

de la monja jerónima Sor Juana Inés de la Cruz parece ser aquí un referente obligado. El texto ha sido reivindicado por algunos como un interesante precursor regional de la CF hispanoamericana⁹ y, ciertamente, en una escritora como Caamaño, conocedora profunda de la literatura hispanoamericana, la coincidencia no es gratuita. El poema, al igual que los dos textos que le preceden, se emite en la encrucijada de dos mundos superpuestos, contradictorios y a la vez compatibles. Las imágenes apocalípticas que registra Caamaño se decantan en el ámbito secular, casi se diría, de especulación cosmológica, en lugar del registro escatológico que uno esperaría en un poema sobre el fin del mundo. Aunque el poema no dé cuenta necesariamente del conocimiento científico, su establecimiento de un medioambiente fantástico secular sitúa al texto en la vecindad de la proto ciencia ficción ecuatoriana.

ANEXOS, EDICIÓN FINAL Y SUPLEMENTO DIGITAL

La antología que aquí presentamos es el resultado de un riguroso proceso de selección. Los textos de la edición final inicialmente estuvieron acompañados por una serie de documentos adicionales —ellos también contribuciones sustanciales a la proto-ciencia ficción ecuatoriana— que, por razones de espacio, fueron puestos de lado. Vamos a incluir todos esos materiales (relatos y artículos de Francisco Campos, Juan León Mera, Marietta Veintemilla, una novela de Manuel Gallegos Naranjo e incluso dos ensayos de Julio Verne relacionados con los viajes planetarios que resultan interesantes para conocer los antecedentes de la CF ecuatoriana), junto con notas y comentarios resultantes de nuestro trabajo, en la página web de *El Fakir editores*. La dirección es: <http://fakirediciones.com>.

Cada uno de los segmentos que conforma la presente edición viene acompañado de un aparato de anotación pensado no solo como mecanismo de ampliación de información, sino también como método para contrastar la «ciencia» de antaño con el conocimiento

contemporáneo en un determinado campo del saber. Tenemos así la suerte de incorporar —para quienes encuentren mérito en ello— observaciones puntuales, técnicas y actuales de profesionales ecuatorianos de primer nivel en las disciplinas de física y geografía. Buscamos mediante la tarea de anotación contribuir al ejercicio de recircular críticamente aquellos materiales subestimados por nuestra historia cultural.

Terminamos recogiendo las palabras de Abelardo Iturralde en su relato contenido en este volumen. Al hablar de la ambición de dar *Dos vueltas en una alrededor del mundo*, Iturralde parece referirse tanto a los tripulantes del emprendimiento ficticio como a los mismos lectores. Los llama «héroes de la curiosidad, de lo desconocido, de lo inédito». Los autores y autoras de este volumen, ciertamente, se configuran como pioneros de un discurso temerario y de una tarea valiente. Son los receptores —ustedes— ahora invitados a una similar hazaña de descubrimiento e invención, los llamados a leer heroicamente.

Álvaro Alemán

VIAJES EXTRAORDINARIOS

Un viaje a Saturno
Francisco Campos

I
DECIDIDAMENTE, nadie podrá convencerme de que aún no era de día. Yo sostengo que era ya de noche oscura y que las estrellas comenzaban a brillar en el firmamento. Es verdad que el Tío Tomás asegura que la noche no había venido, porque él veía claro aún, pero el Tío Tomás se equivoca, pues sin duda el alumbrado era él: es evidente que la esposa del Tío Tomás, la anciana Petronila, afirma que aún había luz, pero yo sostengo que no, y puedo probar que la pobre vieja es casi ciega, y sin duda confundió el resplandor del sol con el alumbrado de mi cuarto.

¿Y por qué no?

Yo bien sé que el crepúsculo en las zonas intertropicales casi no dura, especialmente en la proximidad de la línea equinoccial, y que el sol se hunde pronto y casi perpendicularmente, mientras que en las zonas templadas, y más aún en las boreales y australes, va por una línea inclinada; pero esto no puede ofrecer dificultad, puesto que, por el contrario, es argumento en mi favor. Si el crepúsculo hubiera sido largo, podría haber equivocación, tomando en el momento mismo, el tinte más claro por el tinte más oscuro del momento siguiente. Pero no siendo así, el dilema es terminante: o era aún de día, o era ya la noche. Por consiguiente, se equivocó el Tío Tomás y se equivocó su esposa, y la razón estaba de mi parte.

Y hasta pudiera pasar el hecho de que aún fuera de día. Lo que sí no puedo admitir es que hubieran sonado en ese momento las seis y media de la tarde. No, señor, jamás consentiré en eso. El astrónomo Paracelso, que se hallaba en ese momento en mi habitación, puede certificarlo. Sin embargo, en esto es posible que todos tengamos razón.

El Tío Tomás estaba parado delante de mi puerta, y en la dirección de Este a Oeste. La distancia entre él y yo era de diez varas. Ahora bien, teniendo la tierra 9.000 leguas, o cuarenta millones de metros de circunferencia, y girando alrededor de su eje en 24 horas, o sea 86.400 segundos, claro es que corresponden a cada segundo 465 metros¹. Luego, la distancia de 10 varas o metros, a la que estaba el Tío Tomás, representa la quincuagésima parte de un segundo, o en números redondos un tercero de tiempo².

Alguien sostendrá que un tercero de tiempo es muy poca cosa. Me inspiraría lástima quien tal dijera; sí, ciertamente le tendría lástima, porque demostraría que no conoce el valor del tiempo. Durante ese tercero, la luz recorre 1.500 leguas, lo que no es poco trecho³.

El astrónomo Paracelso⁴ demostró entonces que esto dependía de la diferencia de meridianos y probó, por A+B, que el meridiano mío era distinto del meridiano del Tío Tomás, y también del meridiano de su esposa, la anciana Petronila, lo que daba diferencia en longitudes; al paso que él y yo nos encontrábamos en el mismo meridiano, y que en las seis y veinte y nueve minutos, cincuenta y nueve segundos y cincuenta y nueve terceros.

En el instante preciso de la hora fijada, tenía yo la vista fija en la vela encendida delante de mí, sobre una mesa. La luz de la bujía se elevaba piramidalmente, brillando con intensidad y terminando en una punta agudísima, tan aguda, que habría podido ensartarla en una aguja. En el momento preciso de sonar las seis y media, oí una exclamación, un uf, como de persona que llega cansada y se tiende en un sillón a descansar. Miré por todas partes y nada vi, examiné detenidamente toda la habitación y nada encontré. Entonces me acerqué nuevamente a la mesa y encontrándome con el astrónomo Paracelso, le dije:

—¿Ha sido usted?

—¿Qué cosa?

—Creía haber oído distintamente decir *uf*.

—No he sido yo. Generalmente se dice *uf* cuando el que lo dice está cansado, y yo no lo estoy. Además, estaba pensando en las más abstractas concepciones astronómicas, deseando saber si Tycho-Brahe o Copérnico tienen razón respecto del sistema planetario. Al contemplar la bóveda azul del firmamento, que de azul va convirtiéndose en negra, y al mirar las estrellas que van apareciendo una a una, encima de nuestras cabezas, toda noción fuera de los astros me es extraña. Para mí, la Astronomía es Astromanía.

Una carcajada contestó al astrónomo. Miré entonces por donde oía nuevamente aquel ruido, y vi sobre la mesa a un hombrecillo de dos pies de alto, que se paseaba gravemente. Este ser extraño se detuvo delante de mí y, poniéndose de frente, me dijo:

—*Gutten Tag*.

—*Gutten Tag* —respondí yo, admirado de haber entendido el alemán, idioma que nunca había estudiado.

—¿Was wollen Sie? —añadí.

—Me asombra que un astrónomo diga tantos disparates como palabras en una sola frase.

—¿Cuáles son los disparates?

—Helos aquí. Primero dice que el firmamento es bóveda. Segundo: dice que es azul. Tercero: dice que esa bóveda se va convirtiendo en negra; y cuarto: dice que las estrellas aparecen. Tiene usted, pues, cuatro disparates en la frase de su amigo el astrónomo.

—Pero eso es hablar de una manera elegante y en frases escogidas.

—Cuando se habla científicamente, se emplean los nombres correspondientes y no se desbarra.

—Sois exigente.

—Como habitante de un mundo más civilizado que el vuestro, soy exigente en punto a tecnicismos.

—¡Hola! ¿Y de dónde sois?

—Yo pertenezco al planeta Saturno, como lo denominan ustedes, y el planeta Saturno, o Bekmlpdz, como llamamos a nuestro globo, es más civilizado y más adelantado que el vuestro.

—¿De veras? ¿Y en qué consiste el mayor adelanto de ese planeta?

—En primer lugar, hemos encontrado la cuadratura del círculo.

—¿Sí? ¿Eh?

—En segundo lugar, hemos resuelto el problema de la trisección del triángulo.

—¡Bah!

—En tercer lugar, hemos encontrado la solución al cálculo de los tres cuerpos en el espacio, moviéndose con movimientos adversos, pero conformes y constantes⁵.

—¡Vaya!

—Y en cuarto lugar, no decimos los disparates que ha dicho el astrónomo Paracelso.

—¡Magnífico! Yo desearía que usted tuviera una conferencia con mi amigo, que, como usted sabe, es astrónomo: sería curioso. Yo solo soy profesor de Física y no muy profundo.

—Puedo hacerlo —dijo el saturniano—. Hasta ahora he permanecido invisible para él. Me haré visible.

Y dirigiéndose al astrónomo, añadió con voz atiplada.

—El problema que está usted rumiando señor mío es absurdo.

—¿Quién habla? —dijo Paracelso.

—Deje usted la estrella y mire a la mesa.

El astrónomo dio un salto y, sorprendido al ver a este hombrecillo de dos pies de altura, dijo:

—¿Qué muñeco es este?

Y se lanzó a tomarlo. Mas apenas lo hubo tocado, cayó de espaldas, recibió un porrazo formidable.

El hombrecillo se echó a reír.

—¡Vaya con los astrónomos! —dijo el hombrecillo—, ya se consideran poseedores de los astros y quieren también a sus habitantes.

El astrónomo se levantó medio aturdido y se sentó cabizbajo. Mientras tanto el saturniano creció hasta llegar a la estatura humana, se sentó en el mejor sillón y enseguida, con voz serena, dijo:

—Café y cigarros.

II

—Café y cigarros —repetí, y el Tío Tomás se lanzó fuera de la habitación en busca de café y cigarros. Debo advertir que el Tío Tomás nada había oído y nada había visto: nos creía solos al astrónomo y a mí.

Algunos momentos después, puso sobre la mesa café y cigarros. El saturniano tomó la taza de café y la apuró hasta la última gota, encendió enseguida un habano y dijo:

—El astrónomo de la Tierra tiene la palabra.

—Muy bien —contestó Paracelso—. Principio por preguntar al señor... ¿Cuál es su nombre, señor mío?

—Me llamo Prorororou.

—Convengamos en que el nombre de usted es bastante original y que difícilmente puede pronunciarse. Es una especie de hipo monstruoso o una onomatopeya de un tiro de cañón.

—No lo pronuncie y adelante. Pero debo advertir a usted que hay apellidos en la Tierra que bien suenan un poco más fuerte. Pero continúe.

—Entonces le llamaré simplemente señor saturniano. Pues bien, señor saturniano, ¿qué le ha parecido nuestra tierra, como si dijéramos, nuestra casa?

—La encuentro muy pequeña y muy aislada en el espacio. No tiene familia.

—¿Pequeña? ¿Sabe usted que la Tierra tiene cuarenta mil kilómetros de circunferencia?

—¿Y qué son cuarenta mil kilómetros de circunferencia? Uno de vuestros trenes daría la vuelta al mundo terrestre en 400 horas, o 16 días y un tercio. Ahora dígame usted si es comparable este globo con el de Saturno, que es mayor 750 veces, y si agregamos los anillos y los satélites, comprende todo el sistema nada menos que 1'844.000 leguas de diámetro, o 9'220.000 kilómetros⁶. ¿Qué dice usted de estas cifras?

—Digo que en verdad Saturno es algo más grande que la Tierra, pero en cuanto a importancia...

—Convendría que usted no se ocupara sino de lo que conoce. No ha visto a Saturno sino por el objetivo de su antejo, que solo puede revelar la magnitud del astro.

—Pero hemos calculado también su masa, su volumen, su densidad inferior, ¿entiende usted?, inferior a la nuestra, su peso...

—¿Y yo que he podido hacer el viaje hasta aquí? ¿Qué dice usted?

—Exacto, es lo que usted afirma. Pero respecto del aislamiento...

—No tienen ustedes sino un satélite.

—Dos —dijo Paracelso.

—Uno —insistió el saturniano—. Ese segundo satélite nadie lo ha visto, y mientras no se vea...

—Pero se ha sentido. Las perturbaciones que se han observado...

—Déjese usted de perturbaciones, lo que interesa es verlo. Aunque a decir verdad, ni la Luna es conocida.